

Verticalidad

Por Leopoldo Zea

Tema controvertido en el ámbito argentino, es el que se refiere a la verticalidad. Expresión creada por el Peronismo en la que se hace patente la relación que, se supone, debe guardar el pueblo con el conductor. Expresión de fe, de confianza en el conductor, el cual es, a su vez, encarnación del pueblo conducido. Esta expresión fue, desde luego, objeto de atención en las reuniones de filosofía a que fui invitado. Claro que allí se planteó el problema de la verticalidad en la relación hegeliana, amo-esclavo. O sea, la relación dominio-dependencia, colonizador-colonizado. Relación que, en mi opinión, debería ser cambiada por la horizontal de solidaridad. La relación de iguales entre iguales, de pares entre pares. Interpretación que, necesariamente, entraría en conflicto con la de los justicialistas que consideraban ineludible la relación vertical de conductor y el pueblo conducido. Pero como el conductor encarnaba al pueblo, la relación se convertía en horizontal, con lo que sólo quedaba el pueblo y los demás. El pueblo manda. Pero, ¿y quiénes eran los demás? ¿los que obedecían? ¿El pueblo era una abstracción que mandaba sobre individuos concretos? No, se me contestó, el pueblo es algo concreto, tangible, es el conductor. El conductor es la encarnación del pueblo. Y es por el conductor que el pueblo se hace obedecer.

El general Juan Domingo Perón, fue, así, la encarnación del pueblo. Pero un pueblo que, en su concreción tenía que obedecer para poder ser bien servido. Obedecer equivaldría a actuar por el conductor que lo encarnaba. Perón exigió esta obediencia, la verticalidad sin la cual el gobierno del pueblo quedaría en simple declamación. Noción, esta de verticalidad, originada en el cuartel. Porque es en el cuartel, entre militares, en donde más se insiste sobre la verticalidad. Verticalidad de los mandos, mando y obediencia que va escalonadamente del teniente general al soldado raso. Salvo que dentro de esta idea de verticalidad el que obedece no

se sabe encarnado en el que manda, no piensa que el superior expresa su voluntad.

Perón fue el conductor y la encarnación del pueblo conducido, por ello debió ser obedecido. Fue el líder, el caudillo, el conductor; pero un conductor concreto, real, de carne y hueso, llamado Juan Domingo Perón. Sobre este hombre concreto delegó el pueblo argentino su voluntad y el uso de sus no menos concretas libertades. La muerte de este hombre concreto puso, necesariamente, en crisis, la idea de verticalidad. Muerto el padre, no tenía sentido la obediencia del hijo. ¿Obediencia a quién? El lopezreguismo se había dado ya a la tarea de anular cualquier otra relación que no fuese la directa con el conductor. Borró toda relación fraternal con los viejos compañeros del conductor, como la representada por Cámpora. Se quiso hacer descansar la verticalidad en una abstracción: La derivada de la fórmula electoral Perón-Perón. Votar por Isabel Perón, se aseguró, será votar por Perón dos veces. ¿Muerto Perón, seguía viviendo Perón? Esto es lo que no pudo sostenerse y menos aún, aceptarse. La voluntad del pueblo no seguía encarnado en el segundo Perón de la fórmula. Esta se convertía en una abstracción que inútilmente trató de concretizar el lopezreguismo. La verticalidad, sin apoyo en la realidad viviente del conductor, entró, necesariamente, en crisis. Crisis de mando frente a un pueblo que no se siente ya encarnada y que, por el contrario, va tomando conciencia de la manipulación de que ha sido objeto.

La verticalidad exigida por el conductor ha hecho crisis y, con ella, la autoridad de un gobierno que fue elegido por la aplastante voluntad de todo un pueblo. Las ambiciones, los mezquinos intereses, que buscaron medrar dentro de un gobierno que había alcanzado un extraordinario respaldo popular, rompieron la unidad en que pudo descansar la verticalidad exigida. Los

viejos líderes del peronismo, los compañeros fraternales del conductor, fueron purgados por cuestionar una verticalidad que carecía ya de apoyo a la muerte del conductor. De igual forma fueron lanzados a la clandestinidad la guerrilla y al terrorismo, una juventud que cuestionaba una verticalidad que no favorecía al pueblo en nombre del cual se actuaba.

Muerto el conductor han sido varios los oportunistas interesados en hacer suya una verticalidad que no responde ya a los intereses que le permitieron. Por ello fueron inútiles los esfuerzos de la burocracia sindical por mantener una verticalidad que se enfrentaba a los intereses de los mismos obreros. Por ello los obreros, rebasando a los líderes de la CGT, hicieron caer al nefasto López Rega y sus secuaces. En su orfandad el pueblo argentino va tomando conciencia, como el esclavo de Hegel, de que él es la única fuente de poder, él es el poder mismo. De allí la inversión de los términos: el poder al pueblo.

Ha sido esta crisis, la ruptura de la verticalidad, la que también ha permitido al imponente militarismo hacerse nuevamente presente y pretender volver como centro de poder de la misma. Pese a todo, la verticalidad es ahora insistentemente reclamada por el pueblo de donde emana. Verticalidad que al poder ser asumida por éste se transformará en horizontalidad. Horizontalidad de la que ya se habla dentro del justicialismo. Tanto de justicialismo perseguido, enviado al ostracismo, como dentro del justicialismo oficial, tal y como se hizo expreso en la incisión surgida dentro de su reciente Congreso. Justicialismo que condenó la digitación, lo que nosotros llamamos el dedazo. Reclamo de horizontalidad que ha de impedir el nuevo intento de verticalidad para el que parece prepararse el persistente militarismo. El pueblo argentino, vencido el complejo de orfandad, es el que tiene ahora una vez más, la palabra.